

TEOLOGIA DE LA EDUCACION

Teología y Educación. Dos términos que no parecen hermanarse mucho, porque estamos muy poco acostumbrados a verlos juntos. Nos agrada más Filosofía y Educación, sobre todo a cuantos han franqueado las puertas de la Universidad o de las Escuelas Normales. La Educación tiene una filosofía, pero no es menos cierto que tiene también una teología, más importante la segunda que la primera, porque la filosofía no puede responder adecuadamente a la educación del hombre elevado al orden sobrenatural. «Sólo una pedagogía que tenga en cuenta el aspecto científico, el filosófico y el teológico del problema educativo [...] puede constituir una verdadera e integral ciencia de educación.» (Primer Congreso Internacional de Pedagogía. Santander y San Sebastián, 1949.)

Hemos de conceder que la Educación tenía una laguna; se habían estudiado a fondo todos sus problemas y las conexiones con otras disciplinas; pero nada, o casi nada, se había hecho para situarla dentro de la Teología. Nadie, hasta el presente, nos ha ofrecido una estructuración completa de la Teología de la Educación.

El Hermano Saturnino Gallego ha sido, a nuestro juicio, el que con más decisión se ha lanzado por estos caminos inexplorados, y ha editado este volumen magnífico¹. Con él empieza felizmente la *Colección SINITE*, dedicada a publicar aquellos trabajos que por el tema entran en los objetivos de la revista SINITE, pero que por su extensión requieren categoría de libro. Muchos ensayos, que no pasan de intentos, se han hecho sobre el tema; la mayor parte han aparecido en revistas. El P. Carlos L. da Silva ha presentado *Linhas fundamentais para uma Teologia da Educação*; Th. C. Donlan, O.P., ha escrito *Theology and Education*; E. A. Fitzpatrik, *Exploring a Theology of education*, y C. Lascaris, *La teología de la educación*. El autor

¹ S. GALLEGO, F. S. C., *La Teología de la Educación en San Juan Bautista de La Salle*, reimpresión. Colección SINITE, n. 1. Tejares-Salamanca-Madrid, 1960, 294 p.

cree, y ha obrado en consecuencia, «que tal vez no sea lo mejor acometer la labor de frente. Quizá valga más estudiar primero monográficamente la Teología de la Educación en la Sagrada Escritura, o en los Padres, o en la doctrina de Santo Tomás [...], en tal o cual pedagogo cristiano, en el magisterio de los Pontífices...» (p. 12). La elección que ha hecho es muy acertada. La sistematización de un tratado es más dificultosa si se la acomete de frente; los ensayos, los estudios parciales, preparan el terreno. El autor, con su estudio de la Teología de la Educación en San Juan Bautista de la Salle, ha dado un paso importantísimo, que la Teología de la Educación *ut sic* tendrá que agradecerle.

Consta este libro de dos partes. En la primera se presenta a San Juan Bautista de la Salle y su obra. La figura de este santo es poco conocida fuera del ambiente lasaliano, no obstante su relevante personalidad y la extensión de su Instituto en el mundo. Esto justifica que el autor haya comenzado su estudio con una semblanza sucinta, que no se limita a simples hechos o datos biográficos; se extiende en los precursores inmediatos del Santo, en los que tuvo motivos para inspirarse; pone de relieve su originalidad: creación, en Francia, de la escuela primaria popular y gratuita, de las escuelas dominicales, de las escuelas normales de maestros para el campo y, sobre todo, la genial creación del maestro-religioso-no sacerdote; el autor hace atinadísimas observaciones sobre esta última originalidad lasaliana.

En un segundo capítulo preliminar examina la obra escrita de La Salle, pluma verdaderamente fecunda cuando trata de la espiritualidad del educador, de la pedagogía y teología de la escuela. Su obra escrita se extiende desde los *Ejercicios de Piedad* y las *Instrucciones para la santa Misa* hasta las *Meditaciones sobre el empleo de la Escuela*, pasando por las *Reglas del decoro y de la urbanidad cristiana*, los *Deberes del cristiano*, libro este que ha superado las doscientas cincuenta ediciones, y la *Guía de las escuelas* —la «Ratio studiorum» del educador lasaliano—, sin que con esto queramos agotar la enumeración. No se trata aquí de un estudio crítico de estas obras, que, hay que confesarlo, lo piden con urgencia; pero en las breves páginas que el autor les dedica hay atinadas observaciones y puntos luminosos que pueden servir de apoyo a ulteriores indagaciones; sirva de ejemplo la nota 19 de la página 48 sobre la *Colección de varios trataditos*, y el estudio más detallado que hace de las *Meditaciones* (pp. 50-69).

¿Era necesaria toda esta introducción para escribir una Teología

de la Educación según San Juan Bautista de la Salle? Necesaria, no; útil, por las razones que alega el autor, sí. De todas formas, la tesis propiamente dicha empieza en la página 71.

Once capítulos abarca la segunda parte, seguidos de conclusiones y amplia bibliografía: lasaliana, pedagógica, teológica, y teológico-pedagógica.

El niño es la causa material de la educación. El santo Educador examina brevemente al niño en su ser natural; lo hace de paso, como base para edificar sobre ella el edificio robusto del ser sobrenatural, porque «La Salle considera siempre y sólo la educación cristiana del niño cristiano, no del infiel» (p. 75). Pero donde se expande y donde el Santo «se mueve en su terreno preferido» (p. 80) es al tratar del niño en su situación dinámica, en su comportamiento y reacción ante la gracia y la naturaleza. La Salle no es pesimista, pero tampoco optimista exagerado; toca con los pies en el suelo. Reconoce la naturaleza caída y el freno que ésta ejerce en el alma de los niños, sobre todo cuando la educación en la casa y en la escuela no es suficiente; pero se entusiasma al contemplar al niño hecho hijo de Dios por el bautismo, al palpar la maleabilidad que esta tierna edad tiene y los frutos que la gracia puede operar en ella. Nos introduce a la tesis el autor con este primer capítulo y lo hace con soltura y dominio. Con la misma soltura trata, en el capítulo segundo, del fin de la educación; fin próximo, fin último (relativo y absoluto) que aplica a la obra de La Salle; nos parecen muy acertadas sus alusiones y explicaciones cuando expone el fin, a primera vista quimérico, que el Santo exige como meta de la educación: «Que los niños puedan poseer plenamente el espíritu del cristianismo», «que sólo aspiren a Jesús y no respiren sino por Jesús».

Dios, continúa el capítulo tercero, es la causa eficiente principal de la educación. La Salle se apoya en la Escritura, principalmente en San Pablo. «Es Dios, por su bondad, nos dice, el que ha establecido las escuelas cristianas» porque «quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (I Tim., 2, 4); para llegar a ese conocimiento se precisa la instrucción: «fides ex auditu» (Rom., 10, 17); pero, «¿cómo creerán los hombres en Aquel de quien no han oído hablar? ¿Y cómo oirán hablar de El si no tienen nadie que se lo anuncie?» (Rom., 10, 14). Insistimos con el autor, que para el santo educador no existe más educación que la cristiana.

El educador es un enviado de Dios, aunque esta «missio» no tie-

ne, como diremos después, el significado y la precisión actuales. Nos remitimos a la nota 27 de la página 121 y a la acertada distinción «de iure» y «de facto» al responder a la necesidad del sacerdocio en la tarea educativa.

Es también el educador causa eficiente de la educación, pero instrumental. El autor se aventura aquí (como se aventurará en el capítulo siguiente) por senderos estrechos y de tránsito difícil. Después de exponer brevemente la noción de instrumento y de instrumentalidad (pp. 129-133), aplica al educador las tres clases de instrumentalidad que encuentra en los escritos de La Salle: la casi instrumental, semejante a la causalidad sacramental; la coordinada, la más frecuente en los escritos del santo, por la que el educador es como el administrador de la gracia, y la donal o carismática, gracia que se da al educador en provecho de los discípulos. Aunque creo que nos movemos aquí en un terreno ciertamente muy poco explorado y difícil, el autor sale airoso de esta encrucijada; sus argumentos se basan en los textos aducidos; con todo, las afirmaciones, llevadas al terreno de la Teología de la Educación, merecen estudio detenido, profundo y nada fácil.

En el capítulo V, el Hermano Saturnino Gallego, que demuestra poseer la materia teológica a fondo, trata de poner en claro la misión del maestro, a la luz de los textos lasalianos. Según La Salle, el maestro es un enviado de Dios, es cooperador, agricultor, ministro, dispensador, funcionario, guardián, conductor en nombre de Dios y en favor de los niños (p. 148). En las *Meditaciones* se encuentran frases como éstas: «ministro de Dios», «ministro y embajador de Jesucristo», «ministro del espíritu de Dios»... Dios, por consiguiente, es el que ha llamado al educador; tiene, por tanto, misión divina. Notemos, como lo hizo el autor en el capítulo IV, que esta «missio» en la pluma de La Salle no tiene el significado y los distinguos actuales; hay, empero, textos suficientes para deducir una misión divina, pública del religioso educador. Si es divina, si «Dios llama, y esto con gracia especial, es evidente que esta misión es pública; no obstante, en sentido canónico, sólo es pública la misión que lleva el reconocimiento de la Iglesia» (p. 150). Para La Salle, la misión del maestro es pública porque actúa por delegación de la jerarquía eclesiástica y de los padres; nunca prescinde el Santo de esta dependencia. El autor, apoyándose en probados tratadistas, descubre en el educador religioso una misión canónica; la argumentación no es exhaustiva, ni podía serlo en el espacio limitado de un libro que no lleva esa fina-

lidad; requiere estudio e investigación, junto a una buena dosis de empuje y decisión, que sabemos no le falta al autor. El P. Gutiérrez, C.M.F., en el comentario a la carta de S. S. Pío XII: «Procuradores Generales», citado en la nota 33 de la página 154, dice expresamente, aunque usando términos fluctuantes, que el apostolado del religioso laical es «en cierto modo, oficial de la Iglesia. Los religiosos laicos tienen cierta como misión canónica, pública y oficial de la Iglesia».

Esta misión, se nos dice, es una misión carismática: el educador posee los carismas de ciencia, de sabiduría, de exhortación angélica, de doctor. Todos ellos los deduce de los escritos de La Salle, apoyado, además, en la doctrina de los mejores tratadistas. No entramos aquí en detalles; nos preguntamos solamente si esta doctrina se puede deducir ciertamente de los textos citados por el autor en este capítulo; algunos, como el de la meditación 201, parecen evidentes; de otros no nos atrevemos a dar el mismo juicio. El Hermano Saturnino Gallego tiene el notable mérito de haberse lanzado por estos temas tan poco estudiados y de tratarlos con profundidad envidiable.

Interesantes por demás las páginas que consagra a aclarar algunos términos típicamente lasalianos: estado, profesión, empleo, función y ministerio (pp. 162-167); no son expresiones sinónimas, sino que cada una encierra un contenido peculiar; personalmente, nos convencen sus argumentos.

San Juan Bautista de la Salle, poco amigo de encomios e interjecciones, agota los títulos cuando tiene que aplicarlos al maestro. Es el lugarteniente de Dios, embajador y ministro de Jesucristo, taumaturgo, apóstol, ángel custodio, padre espiritual, precursor de Cristo, profeta... y tantos otros que se nos ponen de manifiesto a lo largo del capítulo VI, sobre todo los de apóstol, ángel custodio y padre espiritual.

Llegados a este punto, el autor se adentra por otros cauces; desciende de las alturas de las causas, de los carismas, de la «missio» y enfila directamente otros temas tratados con relativa frecuencia en la pedagogía lasaliana, pero que aquí, evidentemente, se enfocan bajo el aspecto teológico. Los capítulos VII a XI nos dan el pensamiento de La Salle sobre el maestro cristiano, visto bajo una multitud de facetas; la responsabilidad que contrae ante Dios, y, finalmente, la recompensa que le está reservada por haber enseñado a muchos la justicia. Son estos capítulos tan sabrosos, tan llenos de unción espiritual (toda la que La Salle supo dar a su teología educativa); que

se leen con gusto; en ellos está plasmada la síntesis de la doctrina lasaliana.

El maestro ha de instruir a los alumnos «haciéndoles conocer a Jesucristo, enseñándoles las reglas de la vida cristiana y los medios de que se han de servir para salvarse» (Med. 87). La instrucción y la práctica tienden a eliminar o alejar el pecado de los niños; el ejercicio de las virtudes y la adquisición de hábitos consolidan su débil voluntad. La recepción de los sacramentos, sobre todo de Penitencia y Eucaristía, es considerada por La Salle capital e insustituible; recuérdese la época de jansenismo que vivió el santo Educador.

Entre la multitud de medios externos que La Salle propone, el autor indica, en el capítulo VIII, los principales. Aunque la escuela lasaliana está impregnada de espíritu cristiano, ocupa, sin embargo, un lugar eminente la lección de catecismo. El Santo la coloca al final de la jornada escolar: es el coronamiento del día. Catecismo teórico, porque la Revelación se nos ha dado para que la conozcamos; pero, sobre todo, catecismo práctico o aplicado: que el alumno se entregue del todo a Dios. Una observación importante se nos hace, muy atinada por cierto: para La Salle, la clase y el catecismo van siempre unidos de tal modo, que donde no se dé el catecismo, no se debe dar la clase; más aún, «a nadie se permitirá venir a la escuela al principio y salir antes del catecismo, sino que todos los escolares estarán obligados a asistir al catecismo y a la oración».

La jornada escolar está llena de «fragancia cristiana»; basta, en efecto, leer la *Guía de las Escuelas*, que el autor resume admirablemente en media docena de páginas (pp. 208-215); sobresale como práctica típicamente lasaliana la presencia de Dios; no resistimos a la tentación y copiamos íntegro el párrafo de la página 210: «Esta práctica, tan lasaliana y que deja tal impresión en los alumnos, se realiza automáticamente al sonar el reloj y se regula hoy aún por las oraciones que La Salle inventó: El niño encargado de presidir las oraciones dice: «Acordémonos de que estamos en la santa presencia de Dios. Bendito sea el día y la hora del nacimiento, muerte y resurrección de Jesucristo Nuestro Señor». Responden los demás: «Dios mío, os doy mi corazón; hacedme la gracia de pasar esta hora y el resto del día en vuestro santo amor y sin ofenderos». Se reza un Avemaría; el presidente hace un acto de fe determinado y se acaba como todas las oraciones cortas en la escuela: «Continuaré, Dios mío, haciendo todas mis acciones por amor vuestro. En el nombre del Padre...».

No insistimos en otros medios: vigilancia, dirección pastoral, corrección..., por no alargar esta presentación; pero antes de acabar, hemos de hacer una breve alusión a los tres capítulos finales: preparación del maestro, responsabilidad y recompensa. Quizá ningún pedagogo haya dado tanta importancia como La Salle a estos tres apartados; frases como éstas se encuentran con frecuencia en sus meditaciones: «Daréis cuenta a Dios de si habéis cuidado de instruiros, en los tiempos señalados para ello, de las cosas que estáis obligados a enseñar a aquellos de quienes estáis encargados»; «vuestra ignorancia sería criminal»; «es deber vuestro instruir a los niños...». Pero no se contenta con ello el Santo; quiere que el educador resplandezca con las virtudes que le son propias: la oración, el ejemplo, el celo, la unión a Dios, el espíritu de fe, etc. Quiere, además, que se sitúe frente a su conciencia para que medite la gran responsabilidad que contrae ante Dios si descuida su deber profesional; esto es para La Salle un punto al que acude con frecuencia.

Y para terminar, nos presenta el autor el interesante capítulo de la recompensa del maestro cristiano; éste no la ha de esperar de los alumnos ni de sus padres, sino de Dios solo, que le reserva muchas y superiores: por medio del ministerio de la escuela, el maestro cultiva su propia santificación; en la santificación por el apostolado recibe gracias en abundancia, y, finalmente, el supremo Remunerador le otorga la eterna felicidad, que será «tanto mayor a proporción del número de niños que haya instruido y dado para Dios» (Med. 208).

Concluyamos. Y ninguna conclusión nos parece más oportuna que dar desde estas líneas una sincera felicitación al Hermano Saturnino Gallego por esta obra tan preciosa. La Pedagogía y la Teología pastoral se han visto enriquecidas con tan valiosa aportación. El libro aprovechará, sin género de duda, a teólogos y pedagogos, a quienes servirá también de aliento seguro en la tarea, noble pero difícil, de la educación. En sus páginas encontrarán normas de educación cristiana y ocasión para conocer al gran pedagogo, no suficientemente conocido, San Juan Bautista de la Salle.

S. B. VIOLA, F.S.C.